

AMBIVALENCIA DE LA POTENCIA

Posibilidades y límites del movimiento en Barcelona frente a la guerra

Jordi Bonet jordi@comunalia.org

Gemma Ubasart holagemma1@yahoo.es

Este texto se concibe como un anexo al artículo "A propósito de las movilizaciones contra la guerra en Barcelona" (artículo que aparecerá en la revista Contrapoder núm. 8). Tras el grupo de discusión que lo animó, las autoras nos vimos enfrascadas en la temeraria tarea de elaborar un modelo de análisis de los límites y posibilidades de una dimensión constituyente del movimiento antagonista en Barcelona, tomando como ámbito de verificación las movilizaciones contra la guerra de Irak. No obstante, no pretendemos generar ninguna alquimia política que destile la quintaesencia de las luchas sociales en Barcelona, ni encontrar ninguna piedra filosofal que dé respuesta al problema de cómo organizarnos, sino tan sólo elaborar una aportación más al debate entorno a la recombinación de prácticas y subjetividades que en los últimos meses aflora en distintos espacios (formales e informales) del área antagonista barcelonesa.

Partimos de un enfoque que toma en consideración el carácter de ciclo de la protesta, que a nuestro entender se inicia en el bienio 1995-1996 con el auge del movimiento de las okupaciones (okupación y desalojo del Cine Princesa e inicio de la etapa de consolidación de los centros sociales actuales) y adquiere su visibilidad mediática en las distintas campañas masivas: contra el desfile militar (2000), contra la cumbre (que no llegó a celebrarse) del Banco Mundial (2001), contra la Europa del Capital y la Guerra (2002) y cuyo episodio más reciente corresponde a las movilizaciones contra la guerra de Irak (2003).

Consideramos que desde 1995, con el resurgir del movimiento de las okupaciones, Barcelona (y su entorno metropolitano) presenta una singularidad diferencial respecto al desarrollo de la protesta social en el estado español que se caracteriza por la incapacidad manifiesta de partidos y estructuras de controlar una movilización social masiva que sucesivamente desborda expectativas y mantiene una elevada capacidad de ocupación de la plaza pública. Sin embargo, ésta misma efervescencia de la protesta ha mantenido un carácter intermitente y evanescente, dado que no se han articulado vectores de agregación que permitieran generar dinámicas constituyentes de movimiento, a excepción del ciclo álgido de las okupaciones (1996-2000).

La cuestión que nos inquietaba era: ¿Porqué los distintos gestos de desafección cotidianos vividos en las movilizaciones contra la guerra (cacerolazos, ocupación de la plaza pública, interrupción de la actividad estudiantil...) que desbordaron las mismas estructuras convocantes no transitaron hacia formas de desobediencia social que adquiriesen una dimensión constituyente de *movimiento-sin-estructura*? ¿Qué hace posible la aparente clausura de la protesta? Desde este planteamiento no nos interesaba tan solo analizar como se desactiva desde los distintos aparatos de mediación las dinámicas de la protesta, sino especialmente cuales son los déficits y límites de un *movimiento-que-todavía-no-es* y porqué en esos días no llegó a ser.

Actores sin papel

La hipótesis que barajamos es: el tránsito de la protesta a la dimensión constituyente de movimiento se bloquea debido a la ausencia de un vector de recombinación entre los distintos fragmentos del área antagonista barcelonesa, fruto del desencuentro [1] entre las dos prácticas que durante los últimos 8 años han innovado y recreado la acción política en Barcelona: el movimiento de las okupaciones y el movimiento global. A nuestro entender, ambos movimientos llegaron a las movilizaciones contra la guerra con un notable desgaste interno fruto de distintos factores (endógenos y exógenos) que posteriormente analizaremos.

Tras la Campaña Contra la Europa del Capital (2002) se visualizó una progresiva "deserción" de la esfera pública de estos dos actores que tendieron a invisibilizarse durante las movilizaciones contra la guerra (a excepción, de experiencias como els Espais Alliberats) lo que generó un espacio vacío que ha sido progresivamente reocupado por estructuras burocratizantes, lo que ha permitido la recuperación simbólica de las protestas a manos de la corporación municipal que las ha utilizado para generar valor añadido de la marca registrada Barcelona como "ciudad de la paz".

En un inicio ambos movimientos no se autopercebían como disímiles. Es más, el movimiento global en Barcelona y su entorno metropolitano surgió [en los preliminares de la contracumbre de Praga (2000)] como un espacio híbrido donde participan personas y colectivos provenientes de distintos ámbitos: ecologista, estudiantil, movimiento de las okupaciones,... Sin embargo, este proceso de hibridación entre ambos movimientos (que nunca llegó a cuajar) se rompió a raíz de la campaña contra el Banco Mundial (2001) que generó un conjunto de desconfianzas y sospechas que marcaron el divorcio entre ambos movimientos, acentuado por los episodios vividos en la manifestación del 24 de junio de 2001; cuando a resultas de los incidentes causados en parte por policías infiltrados entre grupos que consideraban que había que tensionar la manifestación para paliar su institucionalización, se produjo una brutal carga de los antidisturbios en Plaza Catalunya que finalizó con decenas de detenidos. La incapacidad para resolver el marco de desconfianza generado (que trascendía las responsabilidades individuales y colectivas de ambos movimientos) se saldará con una progresiva separación que generó dinámicas de cierre e incomunicación cuyo balance, en nuestra opinión, ha sido negativo para ambos actores.

El movimiento global [2] ha sufrido la incapacidad de afirmar su espacio propio frente a la operación de reciclaje ideológica por parte de la izquierda (de la social-demócrata a la revolucionaria) que parasita las energías del ciclo de luchas globales para relanzarse como alternativa política. Consideramos que es precisamente esta incapacidad de afirmarse frente los recambios ideológicos de la vieja y nueva izquierda la que ha dado lugar a la aparición de un reguero desconfianzas generadas en el seno del movimiento de las okupaciones que advierte el peligro que las luchas contra la globalización desactiven el potencial antagonista y lo recuperen para el "ciudadanismo". Paralelamente, el movimiento global, ha tendido en su última fase hacia una fragmentación de las prácticas y una atomización de los espacios de trabajo, lo que ha impedido encontrar nexos de coordinación duraderos que permitieran una acumulación de las luchas.

En cambio, el movimiento de las okupaciones [3] ha tenido que afrontar el desafío represivo del estado que en este intervalo de tiempo ha alcanzado sus cuotas más altas con una aplicación indiscriminada de la legislación antiterrorista como dispositivo para combatir el disenso. Éste hecho, ha obligado a descargar múltiples energías en el trabajo antirepresivo y ha generado dinámicas de cierre en el localismo (priorizando el espacio de proximidad como marco de trabajo político desconectado de las dinámicas metropolitanas y globales.) Otro elemento que ha coadyudado a su cierre es la sobredeterminación de una identidad excluyente que delimitaba claramente las fronteras entre un dentro y un afuera del movimiento, imponiendo dinámicas unívocas de participación en el mismo. Esta identidad excluyente se ha reforzado a raíz de la separación respecto al movimiento global que es relegado fuera de la autodefinición de antagonismo (junto a otras prácticas disidentes) generada desde el espacio okupa.

Consideramos que a raíz de este desencuentro se ha generado en Barcelona un espacio vacío en la dinamización de la protesta social metropolitana que está siendo progresivamente ocupado por estructuras burocratizantes que parasitan las dinámicas movilizadoras. En este sentido, nuestro interés en abordar las movilizaciones contra la guerra a partir del grupo de discusión respondía a la necesidad de co-investigar en el campo empírico como interactuaron los distintos fragmentos antagonistas, qué prácticas recombinantes se iniciaron, qué juegos de presencia/ausencia se produjeron y cómo se dialogó con las estructuras, la movilización y el movimiento real surgido del descontento que durante aquellos días pobló las calles de Barcelona.

Las conclusiones post-festum, no son muy halagadoras, sin embargo pueden servir para trazar líneas de reflexión-intervención que nos permitan salir del impasse actual. El movimiento-real que se vivió en las calles superó los límites de las convocatorias lanzadas desde las estructuras de movilización. Los dos espacios que intentaron ir más allá de estas dinámicas (Espais Alliberats y Boicot Preventiu) si bien acertaron el tiro al conectar la problemática de la guerra contra Irak en un contexto de guerra global permanente, ejemplificada en la consigna lanzada desde los Espais (¿cuál es tu guerra?), se vieron superados por las dinámicas movimentistas, de manera que el potencial crítico quedó en parte diluido. Quizás influyó en ello los titubeos de los Espais Alliberats en participar en la Plataforma contra la Guerra, lo que permitió la progresiva burocratización de la Plataforma atajando las posibilidades de subvertirla desde dentro. En este sentido, a pesar de los efectos positivos que tuvo la okupación de edificios municipales para desenmascarar la doble faz del ayuntamiento, y el parón ciudadano del 26 de marzo y del 10 de abril, dónde se apuntaba a las empresas como responsables de la guerra y se ensayaban otras formas de reinención de la huelga, no se consiguió llevar el discurso contra la guerra al terreno de la cotidianidad, conectando con el movimiento real que emergía entre cacerolazos y ocupaciones del espacio público.

Las posibilidades de rellenar el espacio vacío a qué hacíamos mención se vieron truncadas, lo que favoreció que la gestión (que no dinamización) de la protesta recayera en estructuras burocratizantes cuya composición respondía a la enésima operación de reciclaje de la izquierda. Frente a ello, consideramos que el análisis de las movilizaciones contra la guerra puedan servir al *movimiento-que-todavía-no-es* de Barcelona para adquirir conciencia de sus límites y analizar las posibilidades que una profundización en las actuales prácticas recombinantes podría generar, en vistas a la reocupación de ese espacio vacío.

Así pues, pensamos que actualmente se dan enormes posibilidades de desarrollo de un movimiento social antagonista en la metrópolis de Barcelona, dado que: por una parte, existe una base fuerte de movilización social y ocupación de la plaza pública, y por otra, las diferencias entre polos antagonistas (movimiento global y movimiento de las okupaciones) no son insalvables. Es más, en los últimos tiempos observamos que a nivel informal se están generando numerosos lugares comunes de encuentro entre distintas subjetividades pertenecientes a ambos movimientos que pueden generar a corto plazo líneas de trabajo conjuntas.

Sin embargo, cabe advertir que las acciones recombinantes no son neutras. Y de la misma forma que hay prácticas y metodologías que pueden acelerar la generación de un nuevo espacio, otras pueden obstaculizarlo. A nuestro entender, la constitución de una estructura burocratizante (ya tome la forma de coordinadora permanente de colectivos u organización formal) que quiera establecer una barrera entre un dentro y un afuera del movimiento a partir del proceso de definición de una identidad unívoca supondría desandar gran parte del camino recorrido en estos últimos meses. Precisamente, han sido las dinámicas identitarias autoreferenciales (sobretudo dentro del movimiento de las okupaciones) uno de los elementos que ha dificultado la generación de procesos de hibridación. Términos como estructura o identidad, en sus acepciones burocráticas y unívocas, son lastres para la generación de dinámicas de movimiento, que se materializan en: la no superación de la autoreferencialidad política; el mantenimiento de fronteras rígidas entre un dentro y un afuera y una incapacidad para conectar y hacer red junto a otros espacios.

Así mismo, consideramos que su reverso, el espontaneísmo voluntarista que apuesta por una proliferación desconexa de grupos de afinidad que solo se coordinan ante situaciones particulares acentuaría el carácter evanescente de la protesta social y reduciría las capacidades de formular iniciativas estratégicas en el espectro de colectivos antagonistas.

Pensamos que la disposición que adopte el movimiento para transitar a su fase constituyente tiene que estar a la altura de la actual composición social, no cabe pensar más en fronteras rígidas que definan un modo unívoco de militancia, el definido por la propia subjetividad autoreferencial, sino en un modelo inclusivo que disuelva la identidad militante como salvoconducto a exhibir para participar en la acción política.

Frente a la aparente paradoja causada por la dicotomía entre la tiranía del espontaneísmo y la tiranía de las estructuras, pensamos que hay posibilidades de generar una disposición que basándose en la multiplicidad de prácticas y discursos consiga generar una consistencia desarrollando un mínimo de estrategia común. A esta concepción, la llamamos *movimiento-sin-estructura*.

Qué entendemos por movimiento-sin-estructura?

Definimos *movimiento-sin-estructura* aquél cuya cohesión no viene sobredeterminada por ninguna estructura burocratizante que convierta las distintas singularidades en *grupos-sometidos*, sino por un espacio de flujos comunicativos dónde interactúan *grupos-sujeto* caracterizados por su abertura a la interconexión. Se trata de un movimiento dónde, si bien, pueden coexistir distintas estructuras de coordinación, éstas no se atribuyen el monopolio de la acción política alternativa ni actúan como líneas de segmentación que la parcelan en ámbitos diferenciados. Al contrario, pensamos que debe concebirse

como espacio de intercambio de flujos comunicativos proliferante y abierto a ramificarse hacia afuera en continua recreación y reinención, capaz de generar esferas de expresión autoproducidas dónde la comunicación fluya transversalmente (en todas las direcciones y todos los sentidos) y los *grupos-sujeto* se conciban así mismos como agrupaciones dinámicas dispuestas a aceptar su propia autodisolución y su propio sinsentido, hibridándose mutuamente. Consideramos que esta facultad de hibridación no debe abarcar tan solo un nivel metropolitano, sino que debe realizarse a su vez, respecto al nuevo ciclo de luchas global, frente al cual imaginarios que priorizan la idea de "derrota" [4] o de "localismo desconexo" [5] le son ajenos.

El elemento básico para la generación de este espacio no serían los grupos en sí ni su especialización, sino los interfaces que garantizan la conectividad. Determinar cuales serán estos interfaces deviene una tarea imposible, ya que necesariamente deben ser generados y reinventados. Sin embargo, partiendo del acervo de experiencias previas podríamos señalar las posibilidades que ofrecen: la autoproducción de medios de comunicación propios que superen las estrecheces de la contrainformación y con capacidad de ramificarse hacia fuera [6]; un uso intensivo de las Nuevas Tecnologías de la Información y Comunicación [7] cuya infraestructura reticular (Internet) responde a los mismos requisitos que precisa la nueva disposición del movimiento; la potenciación y proliferación de espacios mixtos de encuentro y articulación (físicos o virtuales) que no estén sobredeterminados por ninguna identidad previa, así como la celebración periódica de encuentros presenciales que sirvan para generar y reexaminar una mínima agenda política a partir de la elección de ejes de trabajo común que posteriormente serían elaborados y desarrollados por las distintas subjetividades que confluyen en el movimiento. En base a esta mínima agenda política común, pensamos que se abre la posibilidad a participar colectivamente en la esfera pública, invirtiendo la tendencia a "la deserción" que apuntábamos con anterioridad.

No obstante, más allá de su base infraestructural, concebimos que este espacio de flujos comunicativos comunes debería adoptar la forma de un foro de debate permanente haciendo uso de su disposición reticular, dónde quepan muchas lenguas y muchos mundos, capaz de reinventar prácticas democráticas horizontales, sin necesidad de generar una *leadership* que verticalize el movimiento. Convertir así la multiplicidad en riqueza y valencia, abortando todo intento de reducción a la unicidad: de prácticas, de discurso o de formas de organización.

A nuestro entender, la *dynamis* que haría posible este proceso debe surgir (no sólo, pero si principalmente) de la progresiva hibridación entre los dos polos que hasta ahora han innovado las formas de acción política en Barcelona, el movimiento de las okupaciones y el movimiento global. Para ello, ambos deben perder el miedo a disolver sus identidades previas y apostar por una política de encuentros heterogéneos que sume fuerzas al antagonismo. Está *dynamis* a su vez, debe ser retroalimentada por un ejercicio constante de co-investigación, de continua reinención tanto de las críticas-prácticas como de las prácticas-críticas.

Posiblemente, si esta hibridación hubiera surgido antes, las movilizaciones contra la guerra hubieran discurrido por caminos distintos y este artículo se habría escrito de otra manera. Sin embargo, esperamos que en un futuro próximo los planteamientos aquí recogidos queden superados y las dinámicas recombinantes iniciadas lleguen a buen puerto.

Notas :

[1] Utilizamos el término desencuentro ente movimientos a nivel conceptual, sin embargo empíricamente las líneas de corte no son claras. Desde el inicio del movimiento global han existido okupaciones que han colaborado con el mismo, lo que no contradice que las tendencias generales de ambos hayan sido desde el año 2001 divergentes.

[2] Entendido como el precipitado político surgido del mismo ciclo y que si bien nace en Occidente (no así en Asia, África o América Latina) a raíz de la dinámica de foros y contraforos, la trasciende para dar lugar a nuevas formas de recomposición de subjetividades políticas que consideran obsoleto el estado-nación como marco de acción política.

[3] En un sentido amplio, es decir, no reducido a una estrategia de defensa de los espacios okupados y crítica a la especulación inmobiliaria, sino como espacio por dónde transitan un conjunto de colectivos e iniciativas que tomando como palanca los Centros Sociales Okupados han desarrollado prácticas antagonistas en distintos ámbitos (feminismo autónomo, luchas contra la precariedad, apoyo a los movimientos barriales, a las luchas de las migrantes,...)

[4] Imaginario que considera que desde la finalización del ciclo de luchas autónomas de los años 60' y 70' se produce un cierre de la esfera de la acción política, lo que imposibilita pensar en una intervención en la metrópolis con valencia transformadora y carácter acumulativo.

[5] Caracterizado por considerar que las únicas luchas transformadoras son las que priorizan la intervención en un espacio local de proximidad física.

[6] Activismo comunicativo no solo como la construcción de herramientas para que fluya la comunicación entre distintos nodos del movimiento y entre movimiento y sociedad (aunque esta frontera cada vez se encuentre más difuminada e indeterminada), sino también como intervención directa en los procesos de producción y de gestión política de nuestras sociedades.

[7] Para ello, no basta sólo con los hacklabs como laboratorios de reapropiación del conocimiento tecnológico sino diseñar estrategias de alfabetización (a distintos ritmos) en el uso de las NTIC para el conjunto del movimiento.